

Darío Salinas Figueredo, *Vicisitudes de la democracia*, México, Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana, 2007.

Por Luis Ángel Bellota\*

**E**n los últimos años, digamos de 1989 a la fecha, cualquier persona que sea afecta a leer opiniones conservadoras no le costará mucho trabajo identificar entre un “gobierno de izquierda moderna y moderada” y lo que es un “gobierno de izquierda populista y demagógica”. Lugares comunes para un universo político que se piensa en clave fukuyamesca: democracia liberal y economía de mercado, binomio de la modernidad triunfante encabezada por Estados Unidos en la posguerra fría. Una izquierda que se adapte a las propuestas del pensamiento único y que gestione casi con los mismos criterios de sus predecesores una economía de mercado podrá ganarse el mote de “moderna”. ¿Cómo explicar ese giro?

Un buen día de 1991 el mundo se despertó con la sorpresa de que ya no había Unión Soviética. Las razones son bien conocidas por todos, o casi todos. El caso es que, a partir de entonces, el sustento de lo que durante décadas fue el referente con el cual se identificaba la izquierda política se diluyó. El faro guía del comunismo y del socialismo (incluida su versión *light* a la europea: la socialdemocracia), tanto en sus contenidos teóricos como en su propuesta económica, no supo responder al reto que le significó el auge de una economía de mercado que iba abriéndose paso junto con una revolución de las intercomunicaciones. El modelo fordista de producción se vio rebasado por uno que tanto economistas como sociólogos llaman “postindustrial”, en el cual predomina una economía de capital financiero. La palabra globalización comenzaba a ser, apenas, un término cada vez más recurrido para explicar dicho fenómeno.

América Latina no fue ajena al proceso. Dentro del mapa latinoamericano, el punto más notorio de lo que fue un gobierno y una economía regida por cánones socialistas fue Cuba. El resto del continente, o por lo menos una buena parte de éste, aplicó un pacto económico y social *sui generis*, de acuerdo al contexto específico de cada país, que científicos sociales de la región, como Octavio Ianni o Enresto Laclau, denominarían populismo. Una explicación sobre la complejidad del fenómeno populista sale de los objetivos de esta reseña. Lo que

\* Historiador por la Universidad Iberoamericana. Maestrante del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

sí podemos decir es que mientras la Revolución Cubana fue el paradigma que dominó las aspiraciones de varios grupos y asociaciones políticas de la antigua izquierda, los movimientos populares de masas tuvieron como eje regulador de sus demandas un partido multclasista con una ideología flexible y de claros tintes nacionalistas (PRI, PJ, MNR, etcétera). Ambos, el socialismo y el populismo, constituyen auténticos traumas a superar si en los tiempos actuales se pretende ser clasificado, por determinado sector de la opinión pública, como ejemplo de progresista racional.

La adopción de políticas monetaristas en América Latina no se dio de manera uniforme, ni en tiempo ni en espacio. Aunque el grueso de las reformas del Consenso de Washington fue aplicado en la década pasada, hubo dos salvedades. Años antes de que se dieran las transiciones a la democracia, que se insertaron en marcos de liberalización económica, dos países del Cono Sur resaltan por haber sido el laboratorio económico de las ideas ortodoxas: Chile y Argentina. Ambas naciones fueron gobernadas por juntas militares de férreo carácter anticomunista que hicieron uso del terrorismo de Estado para borrar toda oposición social y política a los cambios estructurales que se avecinaban. En Argentina, el encargado de aplicar un plan de ajuste, privatización y adelgazamiento del Estado fue el ministro de economía José Alfredo Martínez de Hoz. En Chile, los responsables de dicha tarea fueron Sergio de Castro y Hernán Buchi, principalmente. De los dos países, Chile fue el más "exitoso" en sus objetivos a largo plazo, los cambios iniciados por Martínez de Hoz en Argentina no serían completados sino hasta la era menemista.

De las modificaciones estructurales y constitucionales hechas por el pinochetismo surgiría el actual orden partidista. No está de más aclarar que a pesar de los grandes cambios en la política económica operados por el gobierno militar, la izquierda chilena, como muchas otras en el globo terráqueo, en 1989 perdió la brújula, dejó a un lado sus ideales marxistas de lucha de clases y se renovó por una socialdemocracia. En Chile, los hechos ocurridos a nivel internacional (la caída del Muro de Berlín y de la URSS, la crisis de la socialdemocracia europea, etcétera) y los cambios irreversibles en un modo de producción que se había enraizado bajo 17 años de dictadura hicieron que el Partido Socialista y la Democracia Cristiana se vaciaran de ideología y dieran un claro giro a la derecha (cfr. Moulián, 2003:242). En teoría, no había más alternativa ni en el tipo de sociedad ni en el de economía, salvo la diferencia de quien lo administrase mejor. Este último punto, producto de las transformaciones citadas anteriormente, es lo que ha llamado la atención de los sectores financieros, así como de los intelectuales del *stablishment* neoliberal que tanto elogian el modelo económico y el sistema político que dejaron los militares.

En septiembre de 2007, la revista *Letras libres* dedicó su edición al tema

chileno. En la portada, la publicación anunciaba el siguiente título: "Chile: modelo a seguir". En su interior se podían leer artículos de Ricardo Lagos, Jorge Edwards y Rafael Gumucio, entre otros. El tono de dichas voces iba más hacia la defensa que hacia la crítica del caso chileno. En los últimos años y para ciertos sectores de la opinión pública, el modelo aplicado en Chile es digno de imitarse. La aureola de relativo éxito que rodea al país sudamericano se ha vuelto un argumento repetitivo que más de un articulista publicita sin detenerse a hacer una revisión histórica y sociológica del mismo. Un error de lo más común cuando se ensalza a Chile como ejemplo de estabilidad política y crecimiento económico radica en no mencionar los amarres constitucionales que dejó la dictadura como condición *sine qua non* para que hubiera democracia; tampoco se dice que en un principio la sociedad chilena fue disciplinada a sangre y fuego para vivir en un país donde casi todo (incluida la salud y la educación) están a merced del mercado. Por ejemplo, se dice que en Chile hay crecimiento económico y excelentes servicios pero no se hace mención a la existencia de altísimas cuotas o colegiaturas en las Universidades, incluidas las públicas, y de una inseguridad laboral como no se ve en otros países.

El finado Norbert Lechner, que se caracterizó por la profundidad de su pensamiento, nos dice lo siguiente en uno de sus textos básicos, *Los patios interiores de la democracia*: "la función distintiva de la sociología es liberar a la vida cotidiana de la negligencia que es el destino del lugar común" (1990:51). En otras palabras, desmitificar lo que el grueso de la gente cree y repite. El modelo chileno ha sido sobre dimensionado y convertido en paradigma de lo que debería ser una economía abierta en América Latina. Se exaltan los logros y se minimizan los errores. Y justamente, a propósito de lo anterior, un trabajo que desmitifica lo que se ha convertido en lugar común es el libro *Vicisitudes de la democracia*, del especialista en temas de gobernabilidad en América Latina Darío Salinas Figueredo. Es más creíble y orientadora la opinión de un investigador que sabe de la materia, que la de un periodista financiero o la de un "todólogo". Darío Salinas se ubica en una corriente crítica y seria que, desde la academia misma, manifiesta sus reservas con relación a la Concertación. Si bien la izquierda extraparlamentaria es la que más ha criticado a los gobiernos de la transición, ello se debe a su condición marginal y desventajosa en materia de representatividad. La transición a la democracia y los gobiernos posteriores a 1990 ya han sido sometidos a revisión desde diversos enfoques disciplinarios. No es la primera vez que el periodo concertacionista se somete a debate. Al respecto, resaltan los trabajos de Tomás Moulián (sociólogo), Gabriel Salazar (historiador) y Hugo Fazio (economista). Darío Salinas viene a inscribirse en esta línea que explora los límites y las contradicciones de un país que no pocos anuncian con bombo y platillo como la octava maravilla, pero que no se detienen a ver con el mismo énfasis sus flaquezas.

*Vicisitudes de la democracia* es un texto interesante, aunque no por ello de lectura rápida, que se divide en seis capítulos independientes uno del otro. Cada uno de éstos es una pieza de rompecabezas que, en conjunto, forman un paisaje que desmenuza el discurso triunfalista que ampara a la Concertación. Uno de los primeros puntos que el autor derriba es la “teoría del chorreo” económico como la mejor vía en la redistribución del ingreso. Esta teoría predica, como lugar común, la liberalización de la economía bajo el presupuesto de que las inversiones, y el capital que de ellas se genere, se expandirán tanto que a todos les tocará una rebanada del pastel. En realidad, esta idea llevada a la práctica ha convertido a Chile en uno de los países latinoamericanos con una de las peores redistribuciones de la riqueza. En mayo de 1988 el todavía dictador Augusto Pinochet declaró al diario *La Época* lo siguiente: “Los ricos son los que producen plata y a ellos hay que tratarlos bien para que den más plata”. La Concertación sigue esa lógica redistributiva: a comienzos de 2006 el 10 por ciento de la población chilena se llevó el 70 por ciento de los ingresos (Fazio, 2006:188). Salinas define así el problema: “Pesa demasiado [...] una lógica reduccionista, según la cual se proyecta la idea de que asegurando las condiciones de crecimiento, los beneficios sociales y el impacto distributivo habrán de llegar de cualquier modo” (2007:35).

Las altas tasas de crecimiento alcanzadas desde la década de 1990 hasta la actualidad no son necesariamente reflejo de un mayor bienestar, o de una mejor distribución del ingreso. Ante esos datos, el discurso exaltador que pone a Chile como modelo a seguir obliga a pensar con mayores matices las cosas. Otro de los argumentos más recurridos en la defensa del caso chileno es el de su sistema político. Se alaba la moderación de la Concertación, su apertura por favorecer la libertad económica, así como su capacidad para generar acuerdos con la derecha. De ahí que se afirme con frecuencia que en Chile existe una izquierda “inteligente” y “madura” digna de seguir, frente al populismo de Hugo Chávez o Evo Morales. La otra cara de la moneda, habría que decir, son los condicionamientos que Pinochet y su gurú político, Jaime Guzmán, dejaron por sentados en el pacto constitucional de 1980 a fin de que no se modificara en lo sustancial el modelo económico ni el sistema de partidos que quedó en el escenario político después de que el dictador dejara La Moneda. Darío Salinas pone el dedo en la llaga con el tema del sistema político-electoral que le da una aparente imagen de pluralismo al país en la era postdictadura. Los equilibrios en la representación política tienen, precisamente, la función de resguardar en lo legislativo la promulgación de leyes que puedan alterar el rumbo económico en el cual se encarriló el país a partir del pinochetismo. El sistema electoral chileno, sobre todo después del gobierno militar, pasó de lo proporcional a lo mayoritario (Nohlen, 2004:314). Las elecciones presidenciales son mayoritarias y con segunda vuelta. En las legislativas, hasta el año 2000, no fue así. En las Cámaras predominaba la proporcionalidad, pero en los últimos

años (de la dictadura a nuestros días) se ha introducido un sistema muy particular que conjuga limitadamente la pluralidad con la gobernabilidad: el binominal (*Ibid.*:318). El binominalismo está “destinado a la formación de un sistema bipartidista en torno a dos grandes partidos políticos o coaliciones” (Wikipedia, “Sistema binominal”). Nos dice lo siguiente el profesor de la Universidad Iberoamericana, autor de *Vicisitudes de la democracia*:

El binominalismo obliga a los partidos [...] a constituir pactos electorales a nivel nacional, bajo la amenaza de quedarse sin representación, no obstante haber obtenido porcentajes de votación bastante significativos. La implicación directa más importante de este sistema electoral es la exclusión en la representación. Los partidos que no pueden pactar acuerdos electorales [...] como el Partido Comunista, se enfrentan al impedimento de no lograr representación parlamentaria (Salinas, 2007:220).

El abanico de posibilidades políticas reales e independientes está anulado a cuenta de que son las cúpulas de los partidos pactantes las que deciden si el elector goza de la posibilidad de votar por el candidato de su partido, por el cual siente filiación, o si está obligado a votar por el candidato que representa el pacto, sea éste la Concertación de Partidos por la Democracia o la Alianza por Chile. Esta situación es la herencia más costosa del pinochetismo ya que: “las leyes electorales y el sistema de partidos conformados bajo la dictadura son un verdadero dique de contención, para introducir cualquier reforma significativa de peso democratizador” (*Ibid.*:236). El hecho de que la Concertación argumente que cualquier intento de reforma se viene abajo “porque la derecha lo bloquea”, nos revela el mecanismo intencional por el cual funciona el binominalismo: un equilibrio de poderes que provoque un estancamiento del *statu quo* sin que éste vea la hora y la fecha de su modificación hacia un sistema más democrático y menos limitante (*Ibid.*:238-240).

Podríamos concluir que el texto de Salinas pone a la Concertación en su justa dimensión, la desmenuza desde el punto de vista sociológico, político e histórico. Por último, es digno de mencionar y recomendar en su lectura el quinto capítulo de *Vicisitudes de la democracia*, en el que encontramos un esfuerzo por interpretar las últimas décadas. El autor nos recuerda que Chile ha sido objeto de distintos experimentos políticos desde hace cincuenta años: pensemos en el desarrollismo de Jorge Alessandri; en la “revolución en libertad” de Eduardo Frei (padre); en la “vía chilena al socialismo”, o en el neoliberalismo pinochetista. Entre 1925 y 1973 había una democracia más incluyente, después de la dictadura el sistema de representación ya era otro. Los 17 años de Pinochet no fueron un simple paréntesis. Este texto no estaría completo si no recurriera al análisis histórico que responda por qué se ha llegado a la situación actual. A propósito de las últimas elecciones presidenciales, el libro aquí reseñado tal vez resulte esclarecedor para quienes se pregunten si real-

mente existen serias diferencias entre Sebastián Piñera y Eduardo Frei (hijo). Exceptuando temas morales, como el uso de la píldora de emergencia, tanto en materia económica como en el proyecto de país, las diferencias entre izquierda y derecha en Chile no son muy significativas. Sería inútil comprender la democracia chilena de hoy, con respecto a la que había hasta 1973, si no se recurriera a una explicación histórica que aclare las diferencias entre ambas.

### Referencias bibliográficas

- FAZIO, Hugo (2006), *Lagos: el presidente "progresista" de la Concertación*, Santiago de Chile, LOM ediciones.
- LECHNER, Norbert (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.
- MOULIÁN, Tomás (2003), "El sistema de partidos en Chile", en Juan Abal MEDINA y Marcelo CAVAROZZI (compiladores), *El asedio a la política*, Konrad Adenauer Editores/Homo Sapiens Ediciones.
- NOHLEN, Dieter (2004), *Sistemas electorales y partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª ed. revisada y aumentada.
- SALINAS FIGUEREDO, Darío (2007), *Vicisitudes de la democracia*, México, Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana.
- WIKIPEDIA, "Sistema binominal", en <[http://es.wikipedia.org/wiki/Sistema\\_binominal](http://es.wikipedia.org/wiki/Sistema_binominal)>.